

# DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

## SAGASTA

Ha muerto. Perdón y olvido. Durante muchos años—toda la vida de este periódico!—le hemos combatido; un combate sin descanso y sin tregua, una lucha de todos los momentos, implacable y feroz...

No podemos rectificar nuestro juicio ante su tumba abierta. Sagasta fué el hombre de la regencia, pudiendo haber sido el hombre de la República. Y este es el mayor de sus errores políticos.

No son estos momentos oportunos para el examen y la crítica. La Historia le juzgará. Ha muerto. Perdón y olvido.

## ¡QUE LE HEMOS DE HACER!

Cumplido el testamento de Cisneros, el único estadista acaso que ha producido nuestra raza, convertidas todas nuestras energías al logro de la misión que nos señalaban de consuno la naturaleza y la historia, España sería hoy una gran nación. Dueña de toda la costa septentrional del Africa, lo sería del Mediterráneo. Una población de inmigrantes, siempre renovada, habría prosperado regularmente en esa zona de condiciones climáticas tan análogas a las nuestras. Marruecos, Argel, Túnez, Trípoli, tal vez hasta el lejano Egipto, serían como la prolongación natural de nuestras costas levantinas. Con el trabajo habría nacido la riqueza y con la riqueza la fuerza. Nuestras naves surcarían el mar latino, cuya posición nadie sería osado á disputarnos. Todas las potencias, atentas hoy á disputarse la posesión del continente negro, tendrían que rendirnos homenaje.

La aventura de América descentró nuestra historia y nos descarró acaso para siempre. Desde que Colón hizo á los católicos reyes el funesto presente de un mundo nuevo, España inscribió su nombre en el triste catálogo de las naciones mártires que, si cumplen el fin humano, es siempre á expensas de sí mismas. Cualquier otra nación, aun la más fuerte y poderosa, hubiera sucumbido como ella sucumbió bajo la carga abrumadora de la misión que echó sobre sus hombros el acaso. Menos que otra alguna se hallaba España dispuesta para soportarla. La unidad nacional era aún precaria é incompleta. Salida apenas de la anarquía medioeval, sufría la nación el yugo opresor del despotismo monárquico. Entronizábase una dinastía extranjera, que habíase de hacer del país instrumento de sus querellas y ambiciones. Surgían con la Reforma las luchas religiosas en las que España, brazo armado del catolicismo decadente, había de desempeñar tan importante y luctuoso papel. La perspectiva de un misterioso Eldorado, que ofrecía la fortuna como galardón de la audacia, halagaba el instinto aventurero de la raza y desviaba al pueblo de la industria y el trabajo. Así consumió España su ruina, derramando durante cuatro siglos lo mejor de sus fuerzas en aquella ingrata tierra americana, sin que de tanta labor haya cosechado otro fruto sino la estéril gloria de haber dado nombre y lengua á una familia de naciones. ¡Singular historia esta historia nuestra en que el azar y la culpa, la fortuna y el pecado, la casualidad y el desacierto parecen afanados en una colaboración asidua para labrar nuestra desdicha!

Aun bajo el peso de esta fatalidad heredada, pudo hacerse todavía durante la última centuria para enderezar rumbos tradicionalmente torcidos. Algo cabía realizar de nuestro espléndido sueño africano. Separada de nosotros toda la América continental, nuestra atención debió fijarse entera en ese imperio moghrebino al que nos llaman tantos recuerdos é intereses. Debimos ser iniciadores de la civilización. Debimos conquistarle pacíficamente con nuestras ideas, invadirle con nuestro comercio, transformar nuestras plazas africanas en otros tantos focos de atracción y de cultura. Debimos, cuando aún era tiempo, velar porque ninguna otra nación disputara á la nuestra la suprema influencia sobre Marruecos. Era para nosotros asunto de deber, de honor, de seguridad, la independencia. Mas ¡ay! que los españoles teníamos por aquel entonces otras cosas á qué atender. Estábamos ocupados en resolver si habían de ser Carlos V ó Isabel II, Car-

los VII ó Amadeo de Saboya quien reinara sobre nosotros. Necesitábamos resolver el pleito dinástico. En eso empleábamos nuestros tesoros; para eso derramábamos á torrentes nuestra sangre. Todos nuestros recursos no bastaban para pólvora. El Tigre del Maestrazgo ó el cura de Santa Cruz, según los tiempos, daban de nuestra juventud buena cuenta. No se pensaba en expugnar á Tánger, sino en tomar á Bilbao. ¡Bien despachado hubiera sido el que, en los momentos álgidos de la lucha, se hubiese acercado á cualquiera de los caudillos de una ú otra causa para hablarles de nuestra misión en Marruecos!

Ya para todo es tarde. Hemos consentido que otros intereses, otras influencias, otros derechos substituyesen á los nuestros. Nuestra sola política posible en Marruecos es la del *statu quo*; la política de la impotencia. El *statu quo* representa para los poderosos la actitud de sorda hostilidad con que los perros se miran de reojo y gruñen en torno de la taja.

Para nosotros es la del desahuciado que aplaza cuanto puede el trance inevitable. Ahora ó luego, cuando los hechos susciten el temeroso problema de Occidente, cualquiera que sea su solución, ha de ser mal para el cántaro. Excluidos, sufriremos la más tremenda humillación. Obrando de concierto con los fuertes, sacaremos para ellos las castañas del fuego. Francia, soberana en Marruecos, significa para nosotros el ahogo entre un doble Pirineo. Dueña del imperio moghrebino, Inglaterra nos estrecha entre Portugal y el Mediterráneo, como Hércules á Anteo. Dominar en Marruecos era para nosotros cuestión de vida ó muerte. ¡Qué hacerle si, distraídos en nuestras eternas discordias, hemos preferido, en esta como en tantas otras cosas, la muerte á la vida!

¡Quién habla de misión que cumplir, de intereses que conservar, de derechos que defender! ¡Cuándo dejaremos de tener aquí retóricos por políticos y charlatanes por estadistas! ¡Cuándo tomaremos lección de la experiencia y abriremos los ojos á la luz de la realidad! ¡Misión, intereses, derechos! Todavía antes del gran desastre pudo España pesar algo en la balanza internacional. No estaban esterilizadas nuestras fuerzas, perduraba nuestra leyenda, subsistía la confianza en nosotros mismos. ¡Pero ahora! Para poder siquiera defendernos hemos perdido muchas cosas. Necesitamos aquellos barcos hundidos en Cavite y en Santiago, más la escuadra fantástica que el país pagó de su bolsillo y que devoró antes de nacida nuestra administración glitona. Necesitamos aquellos ochenta mil muchachos que fueron pasto de la traición, la fiebre y los tiburones. Necesitamos los tres mil millones de pesetas que locamente se echaron al mar. Necesitamos confiar en el patriotismo, en el desinterés, en la rectitud de quienes nos guíen. Necesitamos en los extraños y en nosotros mismos, el olvido de nuestras flaquezas. Necesitamos tener en otra parte que en el papel un ejército, una marina, una administración, una Hacienda. Necesitamos persuadirnos de que todavía somos algo.

En la situación en que estamos, callar es lo que nos cumple. Hagamos los españoles votos fervientes porque la cuestión de Marruecos no sea para nosotros origen de nuevas y dolorosas desmembraciones. Tomen los monárquicos sus medidas para, si el caso llega, salvar otra vez la dinastía. Y repítanos todos en coro, ante los nuevos desastres que no supimos prevenir ni ya podremos evitar, aquella trágica exclamación del Cánovas de la decadencia, verdadero grito del alma de los impotentes y los fracasados:— ¡Qué le hemos de hacer!

ALFREDO CALDERÓN

## ¡POR FIN!

Del mitin de Castellón ha salido, ¡por fin!, la fórmula de la unión republicana, de la unión revolucionaria, mejor dicho.

Los partidos republicanos, deshechos, se fundirán en uno solo, que tendrá por único programa la Revolución, y por único jefe, el ungido por los votos de todos: D. Nicolás Salmerón y Alonso.

Y ahora, á la Asamblea propuesta por Nakens. Y á trabajar y á luchar sin descanso por la Revolución y la República.

## ¡NO HAY BANDERA!

Yo lo supe por uno del oficio, y cuento, por si alguno no lo sabe, que cuando se concluye un edificio sin accidente grave, y aún por los aleros al dar la paletada postrimera, hasta que cae podrido y destrozado, el percal amarillo y colorado, á guisa de bandera.

Un sábado, de noche, la campana llamaba á los obreros á cobrar el jornal de la semana, y allí por los aleros y junto á las cornisas y balcones cesaron de repente las canciones; se suspendió el trabajo, y por cuerdas, andamios y escalones, fué todo el mundo abajo.

Oyóse en las alturas un lamento de terror, de ansiedad y de coraje, se rompió un basamento, y un cuerpo rebotó en el maderaje y se vino á estrellar en el ciemiento. Agrupóse el gentío procurando animar la masa inerte, espantado ante el golpe de la muerte con el glacial silencio que da frío.

Era un montón informe el desdichado. Llegaron la pareja y la camilla y echó á andar el cortejo acongojado con la convulsa mano en la gorrilla. Me acerqué en el instante y pregunté—¿qué pasa?—á un rapazuelo de blusa blanca, que miraba al cielo con el terror pintado en el semblante.

No he sentido en mi vida emoción parecida á la que hizo agitarse mi alma entera cuando el chico exclamó:— ¡Que no hay bandera!

SINESIO DELGADO

## ¡Veinte minutos de parada y misa!

Sí, señor; ya sé que el «volterianismo» ha pasado de moda.

Por eso, y porque no se trata de cosa de burlas, sino de un hecho cuya certeza me aseguran personas serias, debo hacer constar de que si en ellas se encontrare algo que mereciese anatema del Ordinario, desde luego declaro que no me alzaré, á estilo de otros periodistas religiosos, no ya ante Roma, pero ni aun ante Romanillos, como diría el autor inmortal de *La elección de los alcaldes de Daganzo*.

Conste, no obstante, que si hubiere culpa, no soy yo solo el culpable; porque también lo son—y en mayor cuantía—los que en cierta estación del ferrocarril de Valmaseda á la Robla gritan, ó mandan gritar, al detenerse allí los trenes:— ¡Veinte minutos de parada y misa!

Y eso no lo gritan por puro capricho, ni por mofa, ni en sentido figurado, sino en todo el sentido estricto y literal de la santa palabra; porque, en efecto, hay una capilla en la propia estación, y en esa capilla se dice una misa, como en otras estaciones se da de almorzar... ó se expenden bizcochos borrachos.

Al tener noticia de tanta singularidad—y adviértase que no la sé por Nakens, sino por un ex diputado conservador, hermano de un ex ministro de los más sonados y nombrados, confieso que no pude menos de sentir inefable júbilo, viendo que ya se empieza en este país á dar al espíritu algo de lo mucho que se concede á la materia, y que hasta los Sancho Panzas de las Compañías ferroviarias se hacen cargo de aquella alta y noble verdad: «No sólo de pan vive el hombre.»

En ciertas líneas férreas de los Estados Unidos, se habían hecho cargo las empresas de estas necesidades espirituales—tan apremiantes á lo mejor como las corporales—, y así, hay trenes con su correspondiente coche-salón dispuesto para celebrar los Divinos Oficios, de igual modo que los hay con su correspondiente *wagon-buffet* ó *dining-room*.

Como el material móvil que nuestras pródigas,

ostentosas y despilfarradoras Compañías ofrece al público español, y al extranjero que se aventura en nuestras líneas férreas, es muy distinto del que admite y permite aquellas comodidades; se hace preciso buscar en las estaciones lo que no hay medio de encontrar en el mismo tren.

Claro está que el bello ideal de los devotos á macha martillo consistiría en disponer en todos los trenes de un coche oratorio (*churchear*, según diría el P. Cabrera); pero por algo se empieza, y no es poco tener ya en las estaciones un lugar sagrado en donde encomendarse á Dios, y aun prepararse á morir cristianamente... Hasta ahora—nadie habrá de negármelo—, la verdad es que en los ferrocarriles españoles «nos veníamos muriendo» como herejes ó perros judíos.

Verdad es también, ya que hablo de perros judíos, que el Dios que preside los destinos y aun los Consejos de nuestras principales Compañías ferroviarias, es el propio Dios de Israel, el propio Javé de Judá.

Y esta semítica circunstancia me sugiere por cierto una pregunta... Así como en el ferrocarril de Valmaseda á la Robla se alzan capillas destinadas al culto católico, ¿llegará á alzarse alguna sinagoga en la estación de Venta de Baños ó en la de Miranda de Ebro?

Me parece que no van por ahí las aguas... Veremos, de todas suertes, en qué paran estas misas.

No sé si se habrán acostumbrado ya los viajeros á la que se dice en la aludida estación de la citada línea; pero me temo que el grito de *¡Veinte minutos de parada, y misa!* ha de dar origen, hasta que la gente se habitúe, á más de una equivocada y profana interpretación.

No faltará quien exclame:

—¿Misa? ¡Gran cosechero es ese!... Baja, Manolo, y tomaremos una copita de Jerez.

Tampoco he averiguado si con la piadosa innovación de que se trata—llamada indudablemente á ser reproducida en otros muchos caminos de hierro—se mejorarán á la par las condiciones del servicio, y no serán los reglamentos letra muerta, y habrá menos desastres y desventuras; pero desde luego se puede afirmar que las empresas no consideran ya á los viajeros como gente incapaz de Sacramentos...

A falta de un timbre de alarma, bueno es un *Dominus vobiscum*.

Con nuestra misita en el cuerpo, ¿quién nos tose?

«Mi misa y mi Doña Luisa», solían decir nuestros abuelos.

La misa, ahí la tenemos, hasta en las estaciones de ferrocarriles. Ahora sólo falta que las Compañías nos proporcionen también la otra, la doña Luisa, en donde haya, por supuesto, los consabidos veinte minutos de parada.

Todo se andará, que á todos los productos del país debe tocárseles el correspondiente turno... Alguna vez habíamos de salir de las almendras de Alcalá, y de los bizcochos de Calatayud, y de las trufas de Manresa, y de los «bombones y pastillas de la fábrica de Matías López», y del *botijo e leche* de las Navas, y hasta de aquel archinacional pregón, gloria y orgullo de las estaciones de Albacete y Alcázar de San Juan:

—¡Navajas y puñales!

Ahora oiremos:

—¡Puñales... y kyries!

No hay para qué privar de estos últimos al viajero, allí en donde constituyan la especialidad de la comarca.

Ni se debe tampoco—ante los progresos del mal y los estragos de la propaganda impia—consentir que permanezca estacionaria nuestra religión por más que alguien exclame con motivo de estas novedades:

—Y eso, ¿no es estacionar el culto?

—¡Todo lo contrario!

Tendremos *misaeexpress*, y circularán tarjetas por este estilo.

## CLETO SOBREPPELLIZ

CURA AL VAPOR

¡Ni más ni menos que las patatas fritas!

Algunas reformas (lícitas, por de contado, y completamente ortodoxas), habrá que introducir



# DON QUIJOTE

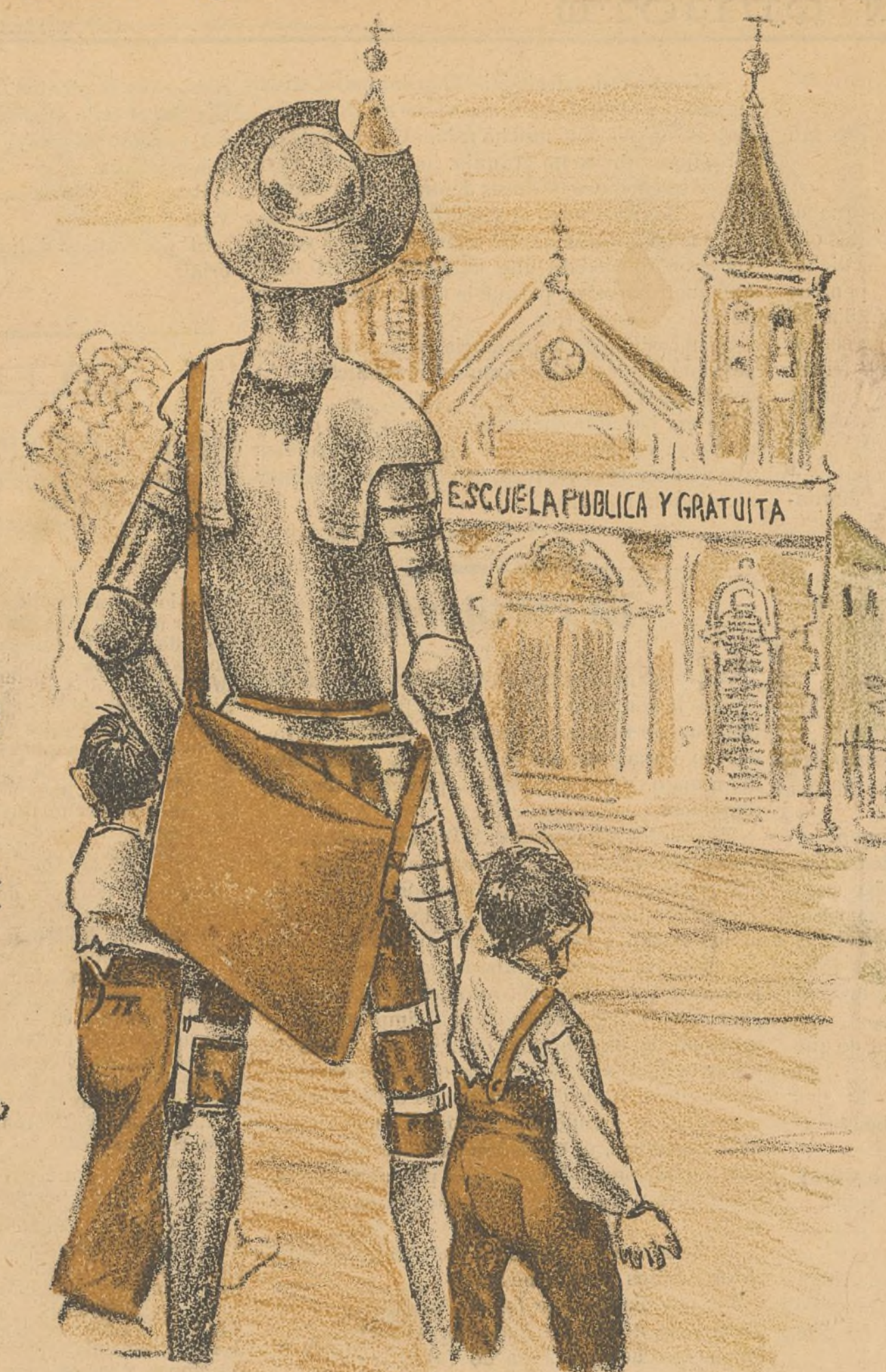


—Verán ustedes como arreglaba yo eso de la cuestión de Marruecos.

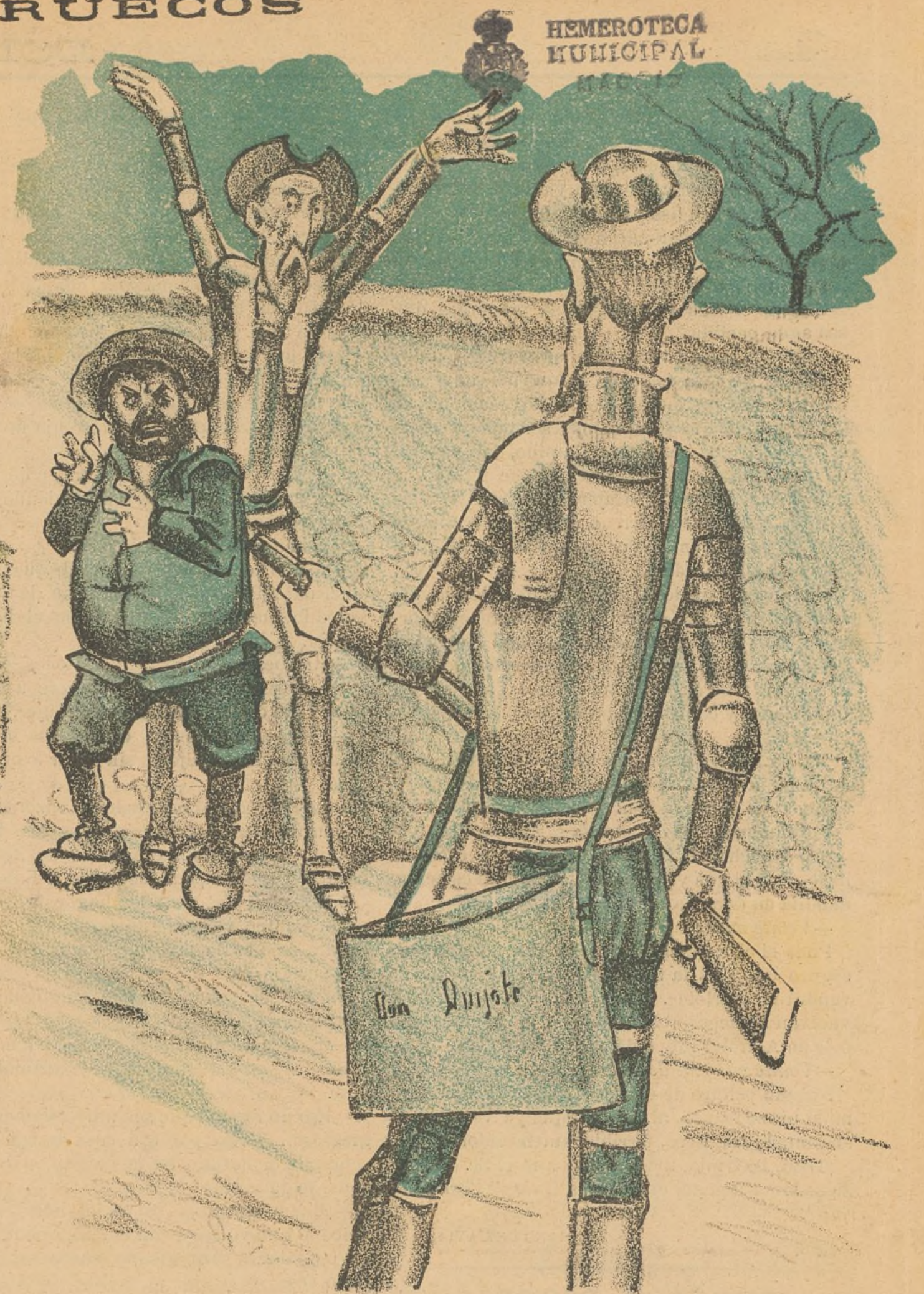
—Echaba la llave al sepulcro del Cid, según ha recomendado Costa.



—Expulsaba á los frailes, jesuitas y demás gente de sotana.



—Convertía en escuela, los conventos.



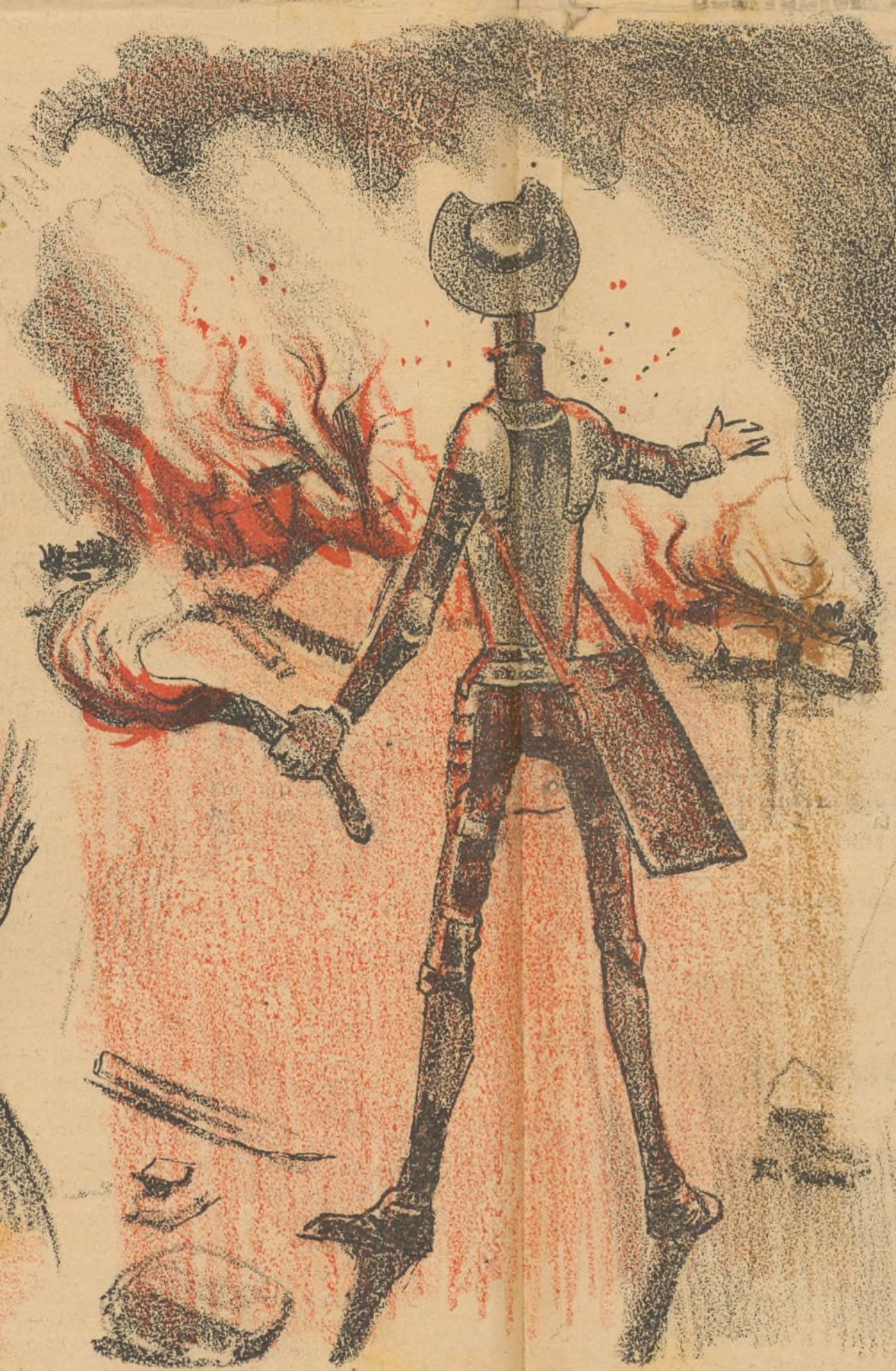
—Fusilaba á mi homónimo Don Quijote.



—Suicidaba á Silvela.



—Y á Maura y á Moret.



—Prendía fuego á varios palacios que la prudencia me impide nombrar.



—Daba libertad al pueblo para que se desahogase.



—Y aseguraba la paz interior y restaurada la libertad, fletaría un hermoso barco de papel y embarcaba en él á todos nuestros políticos para que fuesen á conquistar á Marruecos.



en la liturgia... Así, verbi-gracia, el oficiante dirá al estar para terminarse el santo sacrificio:

*Ite... ¡Señores viajeros, missa est!*

Los antiguos curas de misa y olla se convertirán en curas de misa y andén.

Las misas se gratificarán según cómo las diga el sacerdote: en grande, ó en pequeña, ó en doble pequeña velocidad.

Cuando el tren tome agua, se procurará que sea agua bendita.

Las imágenes que reciban culto serán, naturalmente, en cada estación, las que más devoción inspiren en aquel punto. De las advocaciones de la Virgen, la que parece más señalada para el caso, es nuestra Señora del Camino, tan venerada en el reino de León; pero ¡ay! me figuro que la mayor parte de los pasajeros, en la mayor parte de nuestras líneas férreas, preferirán encomendarse a la Virgen de las Angustias ó la Virgen de los Desamparados.

Con todo, la piadosa innovación de los *veinte minutos de parada y misa* que no merece—aparte de estos frívolos comentarios—sino elogios y alabanzas, tiene sus inconvenientes, como el de dar lugar (y no es de los más graves) á remedos, imitaciones y copias que no hagan favor alguno al original.

Ya, ya meterá mano á la invención el demonio de la política, y en tiempo de elecciones habrá estación en donde griten:

—*Veinte minutos de parada ¡y meeting!*

Ya, ya echarán también su cuarto á espadas libre-pensadores y masones, y no faltará estación maldita en donde anuncien:

—*Veinte minutos de parada, ¡y logia!*

Pues si el sistema cunde, tengan ustedes por seguro que tras la misa, el *meeting* y la logia, vendrá el «burlote», y en cuanto los jugadores vuelvan á hacer públicamente de las suyas, oíremos en Alar del Rey ó de la Sota:

—*Veinte minutos de parada, ¡y ases!*

Ningún peligro de esos, sin embargo, me intimida ni me asusta, al lado del que ya veo surgir en lontananza, fiero, terrible, amenazador...

¡Todo, Dios mío, todo, menos que el Sr. Carulla se lance á poner en verso la *Guía de ferrocarriles!*

MARIANO DE CAVIA

## TARJETA POSTAL

Para Blasco Ibáñez.

Durante veinticuatro horas—todo un día de paz, de tranquila emoción estética—he vivido entre el fango y los cañaverales de la Albufera, alternando con el *Tío Paloma*, allí en la taberna del gordo *Cañamel*, teniendo por compañeros de mesa al vagabundo *Sangonera* y al gran *Tonet*, el mejor mozo del Palmar, que entre vaso y vaso nos contaba sus hazañas de soldado en Cuba, fijos sus ojos en los ojos de *Neleta*, que detrás del mostrador, al aire sus hermosos brazos, nos miraba distraída, con sus ojos brillantes de gato, del color del ajenojo...

He trabajado con el buen *Toni* y con la admirable *Borda* en sus campos llenos de agua; he asistido al sorteo de los puestos de pesca; he bailado en la gran fiesta del Palmar; he cazado pájaros del lago en la época de las grandes tiradas, y, por último, he sido testigo de todo el proceso amoroso de *Tonet* y *Neleta*; del embarazo de ésta, del parto doloroso, del infanticidio infame...

He presenciado el suicidio de *Tonet*... Y tengo en los labios un beso de compasión y de consuelo para la frente de la pobre *Borda*, la triste enamorada sin esperanzas...

Debo á usted, mi querido Sr. Blasco Ibáñez, por la lectura de su hermoso libro *Cañas y barro*, todo un día de paz, de tranquila emoción estética.

Reciba usted con estas líneas la expresión de mi agradecimiento y de mi admiración.

MIGUEL SAWA

### El sentimiento en el arte.

No cese de admirar esa pintura y cuanto más la estudio más me encanta, que el arte religioso se levanta en este lienzo á su mayor altura.

¡Qué expresión en los ojos! ¡Qué dulzura! ¡Qué encantador semblante! ¡Qué garganta! Ni al verse entre querubines, Virgen Santa, el gran Murillo te soñó más pura.

¡Oh místico pincel! ¡Oh egregio artista que tan augusta imagen concibiera, tu católica fe salta á la vista!...

—¡La católica fe!... Sin duda.—¡Espera! Yo conocí al pintor... ¡Fué un *calvinista!* ¡Y el modelo del cuadro una *ramera!*

MARCOS ZAPATA

## LOS COMUNICATIVOS

A mí suelen serme simpáticas las personas comunicativas, pero las hay que abusan, como hace D.<sup>a</sup> Jenara, la señora del principal, que

sube á mi casa con dolorosa frecuencia para decirme:

—¡Ay, vecino de mi alma! ¡Qué disgusto tan grande acabo de tener con Rodríguez!

Rodríguez es el esposo de la vecina.

Yo no puedo impedirle la entrada, porque ni pide permiso ni ha hecho caso nunca de las observaciones de mi doméstica, cuando le ha dicho:

—No pase usted, que el señorito está poniéndose la ropa vieja para retozar con la familia.

Más de una vez me ha sorprendido la presencia de D.<sup>a</sup> Jenara estando yo á medio vestir, y tuve que precipitarme sobre el pantalón para ocultar mis desnudeces; pero ella no se fija en estos detalles.

—¡Ay, vecino! ¡Qué golpe acabo de recibir!—exclamaba días pasados introduciéndose de rondón en mi alcoba.

—Serénese usted, D.<sup>a</sup> Jenara.

—¿No le decía á usted que Rodríguez tiene una querida?... Pues, sí, señor; la tiene, ¡la tiene! Mire usted lo que le he encontrado en el bolsillo del gabán.

—¡Un besugo!

—Sí, señor; un besugo. ¿Quiere usted mejor prueba de que mantiene á otra mujer?

—No se acalore usted. Quizás ese besugo sea de algún amigo—dije yo sin saber lo que contestaba.

Pero ella no oyó mi prudente razonamiento y se puso á llorar con todas sus fuerzas, hasta que la dije que me estaba esperando un amigo para casarse y que no podía detenerme. Entonces subió al cuarto piso para desahogar la pena en el pecho de una vecina; ésta había salido, y doña Jenara bajó hasta el portal, donde vi que le decía á la portera:

—Pues, sí, señora; ya no tengo duda de que Rodríguez me falta.

—¡Parece mentira! ¡Un señor que tiene los ojos como dos huevos estrellados!—exclamaba la portera.

—Eso no impide que sea muy zalamero y muy gracioso... Estoy por ir á casa de esa mujer y romperle el besugo en la cabeza, para que se acuerde de mí toda la vida.

—¡Buenos granujas están los hombres! Haga usted lo que yo hago con el mío, que le escondo los pantalones para que no pueda salir sin que yo lo vea.

Doña Jenara, como otras muchas mujeres que conozco, es de las que refieren á todo el mundo sus intimidades, y su carácter comunicativo la conduce hasta el punto de abrirle el pecho al aguador.

—¿Qué haría usted en mi caso?—le pregunta.

Y contesta el infeliz:

—Señurita, yo ando á mi obligación, y no me gustan los chismes.

—Ya veo que Rodríguez le ha sobornado á usted.

—Peru...

—¡Quítese usted de mi vista, y no vuelva á pisar esta casa, ¡so indecente!

Doña Jenara era una persona razonable mientras no había cruzado por su imaginación el *fantasma de los celos*—como dice una poetisa amiga suya, que tiene estanco—; pero ahora, desde que cree haber descubierto la infidelidad de su esposo, no hace más que pedir consejos á todo el mundo y celebrar conferencias con una bruja acreditadísima, que echa las cartas á precios módicos y da recetas para atraer á los hombres indiferentes.

—Póngale usted cinco pelos en la espalda mojados en vinagre—dice la bruja—; pero debe usted esperar que él esté cortándose las uñas. Métele usted por un oído el mango de los zorros, sin que él lo note.

A pesar de estas recetas, que D.<sup>a</sup> Jenara pone por obra inmediatamente, no consigue atraer á su esposo; y no tiene reparo en contar que él, al principio, era muy cariñoso, pero que después se fué enfriando, sobre todo, desde que á ella se le cayó un colmillo, estando comiendo en el café de Levante.

En el ramo de hombres, también hay comunicativos perniciosos que penetran en el tranvía y se encierran con usted para decirle:

—¡Caramba! ¡Qué diita hace hoy! Yo salí de mi casa con ropa de invierno, porque la de verano se la tuve que dejar á un teniente coronel amigo mío, que se quedó huérfano, y ha tenido que vender toda la ropa de paisano.

Usted, que no conoce á aquel caballero, se limita á sonreír, por pura fórmula, y baja la cabeza para ocultar el embarazo que le produce aquella inopinada familiaridad.

—Pues, señor—sigue diciendo el hombre comunicativo—, yo no sé cuándo va á concluir la cárcel de los perros. Yo tengo uno que es de la edad de mi señora, y por eso le tenemos cariño, y el día que nos lo cacen los del Ayuntamiento, voy á hacer una barbaridad.

Al ver que nadie le contesta, se pone á tararear la canción de la perdiz, y después se levanta para ir en busca del conductor, á quien dice de buenas á primeras:

—¿Qué vida tan perra llevan ustedes!

—Algo, algo—responde el aludido.

—Mientras unos trabajan como animales, otros pasean por Madrid con cinco duros en el bolsillo. Hay cosas que dan mucha rabia. Un pariente de mi señora, que es un granuja, fué á cazar el otro día, y se encontró 97 duros dentro de una alpargata... Hágame usted el favor de parar frente á la casa de préstamos del número 5, que voy á ver si me quedo con una flauta; no piden más que cuatro pesetas, porque le faltan dos llaves y además está algo rota...

Se necesita toda la paciencia de un conductor, para no coger á aquel hombre comunicativo y echarlo á la vía.

Yo soy bastante cachazudo y me precio de tener buen carácter; pero á estos comunicativos que abusan de la palabra, no les puedo resistir de ninguna manera.

LUIS TABOADA

## El cortijero.

Convengamos en que los españoles somos muy fáciles de contentar. Otros países piden realidades para ser dichosos; el nuestro, no. Con un recuerdo ó una promesa se considera el más feliz del mundo. Mejor que nación, parece un amante platónico.

¡Recuerdos y promesas!... De eso vivimos, es decir, morimos hace trescientos años. ¡Realidades! ¿Para qué? Con traer á la memoria que hemos descubierto un continente, que el sol no se ponía en los dominios españoles, que nuestros artistas del siglo XVII no encontraban rival y nuestros capitanes del siglo XVI contrario, tenemos bastante para desconocer nuestra actual importancia y reventar de orgullo. Con que el más torpe de nuestros *estadistas* ofrezca, sin ocuparse en realizarlo, que al cabo de unos meses disfrutaremos tantos bienes y tantos esplendores como ruinas y males sufrimos, ya nos sobra para decir que dará una vuelta completa la tortilla patria, y que seremos otra vez árbitros de los destinos universales.

Así hemos vivido, así continuaremos viviendo, si los Jubilos no lo remedian.

Así, recordando que fuimos descubridores de un mundo, nos hemos quedado sin él, como nos hemos quedado á la luna de Valencia recordando que el sol no se ponía en los dominios del rey de España. Así, leyendo victorias de los capitanes antiguos, presenciando derrotas de los generales modernos. Así, fiándonos en las promesas que, desde Silvela, el regenerador, á Sagasta, el fresco, nos hacen á montones los políticos del desastre, caminamos de tumbó en tumbó, de crédito en descrédito, de ridículo en ridículo, de burla en burla, de mal en peor, dejando en el camino nuestro prestigio, nuestro dinero y nuestra dignidad.

¡Pícaro manía de las promesas y de los recuerdos! ¡Cuándo llegará el punto de que tengamos un poco menos de memoria, otro poco menos de ilusiones y un mucho más de sentido común?

Conveniente es que suceda pronto. Si no, va á pasarnos lo que á aquel hombre que se murió de hambre entre el recuerdo de un gran banquete, veinte años antes digerido, y la promesa de una gran comida que no acababa de llegar.

Ocurrereme á este propósito, porque viene á él como de molde, una escena representada en cierto cortijo andaluz.

Era la época de cavar las viñas, y el dueño del cortijo encargó al operador de éste que le buscase hombres útiles para la faena.

El operador, ansioso de complacer á su amo, tomó la vereda que conducía al pueblo.

A la otra mañana estaba á la puerta de la finca con cuarenta hombres. Veinte pasaban de los sesenta años; los otros veinte no habían cumplido los diez y seis.

—¿Qué gente es esta?—dijo el dueño, apenas se encará con los recién llegados.

—*Pué los cavares.*

—¿Estos?

—Sí, señor.

—¡Pero, hombre, aquellos veinte son muy viejos!... no pueden con los pies. ¡Cómo van á poder con los brazos?

—Esos—repuso el aperador—han sido los mejores *cavares* de viñas de *tó el* contorno. *Nai de pío* echarles la pata hace veinte años. ¡Había que verlos!... Ahora... Ellos es que han *sío* los mejores.

—Bueno... el caso es que, si éstos son demasiado viejos, los otros me parecen demasiado jóvenes para el trajín.

—Sí que lo son. ¡Pero si viera *osté* lo que prometen ser dentro de diez años!...

—¿De *móo* que los unos han *sío* hace veinte años, y los otros serán dentro de ocho ó diez!...

—¡Vaya!...

—Pues mira, hijo—añadió el cortijero—, las viñas son pa este año; ni *puen* volverse *pa* veinte años atrás, ni aguardarse diez. *Asín* que *después* á los que servían hace veinte años y á los que van á servir dentro de diez años, y me traes los que sirvan ahora; porque ahora, ahora *mesmo*, es cuando hace falta cavar bien las viñas, si no que-

remos que se pierdan. Lo que ha *sío* y lo que *pue* ser, ¿sabes tú lo que es, niño? Música celestial.

¶ Lo mismo pienso yo cuando se trata de la patria española.

Basta de recuerdos y promesas. A cavar la viña al instante.

Si no, vamos á hundir los azadones en un erial.

JOAQUÍN DICENTA

## LIBROS

Se ha puesto á la venta el 31 millar del hermoso libro de Galdós: *Un faccioso más y algunos frailes menos*, edición esmeradamente corregida por su ilustre autor.

De venta en todas las librerías al precio de dos pesetas.

En los primeros días de Enero empezará á publicar la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, la obra de S. A. R. Luis Amadeo de Saboya, duque de los Abruzzos, titulada *La Estrella Polar en el Mar Ártico*, de que viene hablando con justo elogio la prensa de Europa y América.

No es extraño que esta obra sea esperada con el mayor interés, pues se trata de la realización de un hecho que ha superado los esfuerzos del ilustre Nansen, haciendo de la imaginaria leyenda de Julio Verne un suceso verdadero y irascendental.

La famosa expedición italiana, internándose por los desiertos helados, y sufriendo con valor heroico los horrores del clima polar que hacen insoportable la vida, es un título de gloria para nuestra raza. La admirable figura del comandante Cagni, exponiendo cien veces su vida y la de los intrépidos marinos que le acompañaban, y llegando con sus trineos hasta los 86° 34' Norte, donde jamás pisó la planta humana, adquiere extraordinario relieve.

En Italia ha sido agotada la primera edición antes de ponerse á la venta, y seguramente sucederá lo propio en Francia, Inglaterra, Alemania, Holanda y Polonia, donde se preparan ediciones de esta obra al mismo tiempo que la española.

La que nos anuncia la Casa Maucci, está traducida al español por el doctor Enrique Tedeschi, que ha seguido cuidadosamente las indicaciones especiales del duque de los Abruzzos, vivamente interesado en que la versión española aparezca con la mayor perfección.

Según el prospecto que nos remite la Casa Maucci, la obra constará de dos tomos, divididos en 17 cuadernos, á peseta cada uno, con 243 ilustraciones, 2 panoramas, 3 mapas y un plano de las regiones exploradas.

## ANUNCIOS HUMORISTICOS

Para muebles, moderno estilo, el gran establecimiento de A. Vallejo, *Alcalá, 17*. ¡Allí veréis lujo, elegancia y arte!

No hay mejor quitapenas que el *Anís Portago*. ¡Ese es un licor hecho con gloria divina!

Para regalos, relojes de oro con cadena y estuche, desde 50 pesetas.—Garantía de buena marcha.—*Fábrica de relojes de Carlos Coppel, Fuencarral, 27*.

Se necesita un socio capitalista con dos ó tres mil duros para emprender la desinfección de los aguardientes de orujo, industria que dará grandes resultados, sin pérdida de capital. Informarán en esta Redacción.



**EL MÁS FINO,  
EL MÁS SUAVE QUE SE CONOCE**  
Librillo con 120 hojas, 15 céntimos.  
De venta en todos los estancos de España.  
Depósito: Arco de Santa María, 23.

**CAMAS Y MUEBLES**  
LA GRAN BRETAÑA  
Plaza de Santa Ana, núm. 1.  
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7  
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.